

idea! Efectivamente, los clientes han debido perder la costumbre de empujar la puerta del estanco, desde la desgracia que le ocurrió a la querida muchacha.

Pero Fritz se interpuso, tuvo la fuerza de sostenerse sobre sus temblorosas piernas, y suplicó con frase entrecortada:

—¡De todas maneras, almirante, si pudiéramos ir a otra parte!

El desgraciado inspiraba lástima. ¡El almirante veía su estado! ¡Pero se puede apiadar a un tigre? ¡Qué alegría ver sufrir a un bonísimo y abnegado amigo a quien se quiere como a un hijo! (esto es lo que los boches llaman *Schadenfreude*: el capitán Hyx me había hablado con bastante conocimiento de aquel estado de alma), y ya von Treischke se había dirigido a la puerta y arrancaba las clavijas que sujetaban el mapa de la guerra mundial a los tabiques, y que condenaba—muy ligeramente—aquella puerta.

—¡No se moleste usted!—dijo Jim acudiendo; y haciendo saltar el mapa de un tirón, levantó el pestillo y, abriendo la puerta de par en par, exclamó:

—¡Señores, están ustedes en su casa!

—¡Ahí imperaba el ángel querido!—suspiró con bufonería el almirante, y entró en el cuarto.

¡Nada alteraba a aquel hombre de hierro!

—Venga usted, Fritz—dijo luego de dirigir una ojeada al cuarto—. ¡Venga usted, amigo mío!... ¡Nada ha cambiado, nada! Si estuvieran abiertos los postigos penetraría la luz, una luz parecida a la que tan idealmente la iluminaba, ¿no es verdad, Fritz?, la última vez que la vimos detrás del mostrador, distribuyendo a los clientes su tabaco aromático y sus encantadoras sonrisas... ¡El mostrador sigue ahí, y también el alto sitio en el que se mantenía tiesa y altiva como una diosa!... ¡Vamos, Fritz, un poco de ánimo; venga a ver estos lugares, en los que le embrujó la muchacha como a un estudiante de primer año! ¡Deje de hacer el simple, lo quiero!... ¡Tenemos que hablar con estos señores—terminó

con voz ruda—, y en ningún sitio estaremos mejor que en esta tumba!

—¡La verdad es que ahí dentro reina una obscuridad de tumba!—exclamó una voz cándida y clara como la de un niño de coro; era la voz de soprano de Gabriel.

Estaba éste ahora en el umbral, entre el almirante, que se hallaba en el estanco, y Fritz, que se sostenía aún como podía, apoyándose en una mesa, en la sala del bar.

Yo no me había movido de mi alto taburete, cerca del mostrador, y ya mis ojos se cerraban. Estimaba que por esta vez, en que tan terriblemente había empeñado mi responsabilidad, había hecho y visto lo bastante...

En mi opinión, las cosas no iban a tardar en producirse... Antes de cerrar los ojos había observado la mano de Gabriel, que en dos o tres ocasiones había acariciado el mango de su cuchillo.

Además, aquel negro tabuco, en el que tan cínicamente había penetrado von Treischke, me inspiraba tanto miedo como al mismo Fritz.

Allí dentro iba a ocurrir el desenlace, y ya sospechaba yo cuál iba a ser. Al pensarlo, gruesas gotas de frío sudor perlaban mi frente.

No se puede exigir a nadie un esfuerzo superior a sus fuerzas, y en lo que a las mías respectaba, habían ya llegado a su límite extremo.

El estanco no estaba alumbrado más que por la puerta, que se acababa de abrir, y también—lo supe luego—por una luz pálida que penetraba por un alto postigo que daba al patio.

El drama penetró en aquella sombra; pero sentía que no lo sería del todo hasta que Fritz no se decidiera a reunirse con el almirante.

Llamábale el almirante; pero Fritz no se movía.

Se le hubiera creído imposibilitado de dar un solo paso, hasta tal punto, que el almirante, encolerizado de nuevo, se acercó a él de un salto, y cogiéndole vigorosamente por

un brazo, lo enderezó sobre sus piernas temblorosas y se lo llevó consigo, como si fuera un maniquí... oponiendo Fritz menos resistencia que si en realidad lo fuera.

Y ambos entraron en el estanco... Casi al mismo tiempo tuve que abrir los ojos, pues resonó un doble y atroz grito que me obligó, con espontáneo impulso, a precipitarme con los demás hasta la puerta de la misteriosa habitación... ¡Y he aquí lo que vimos en la cálida penumbra, vibrante aún del doble y atroz grito: a la derecha, los rostros lívidos de los dos boches, pues el de von Treischke estaba ahora tan pálido como el de Fritz, y en el fondo, a la izquierda, detrás del mostrador y sentada en el alto sitial, *tiesa y altiva como una diosa, a la señorita Dolores!*...

Ya estábamos todos en el interior del cuarto, y Gabriel cerró la puerta y corrió los cerrojos. Jim estaba también, con los brazos cruzados, en espectador, y Mederic Eristal, que había acudido al oír el grito, también asistía, pero con el deseo evidente de marcharse. Desgraciadamente para él, guardaba Gabriel la puerta, y no parecía de humor de dejar marchar a nadie.

Volviendo a von Treischke y a Fritz, diré que seguían en éxtasis, incapacitados de articular una sola sílaba; pero con la boca abierta, como un doble abismo de horror, en cuyo fondo se oía palpar el miedo, pues era bien patente que tenían miedo.

El del almirante era quizá mayor que el de Fritz, pues creyó menos que éste en una posible reaparición de su víctima.

En primer lugar, la había visto o casi visto morir, mientras que Fritz estaba en aquellos instantes agonizando, puesto que también a él se le creyó muerto por un momento. Von Treischke había atado con sus propias manos a Dolores en el saco, y también con sus propias manos había arrojado el saco al mar... ¡Y el mar se abrió para acogerla y se volvió a cerrar para guardarla!... ¡Estaba seguro de eso!

¿Entonces, qué era aquello?... ¿Tenía, pues, razón Gabriel? ¿Era, pues, verdad que los fantasmas de los que mueren violentamente *tenían el derecho* de aparecerse a sus asesinos?... ¡Por el viejo Dios alemán!... ¡El deseo que había formulado hacía un momento von Treischke, de una manera tan desconsiderada y fanfarrona, se había realizado!

¡La señorita había vuelto! ¡Y sus cabellos ensortijados seguían tan relucientes, y sus ojos tan ardientes, y sus labios tan henchidos de magnífica sangre!

—¿Qué desean los señores?

¡Era su voz, su voz!

¡No cabía duda, era la misma Dolores quien había pronunciado la fatídica frase detrás del mostrador! Y se había inclinado hacia los señores, y éstos habían retrocedido con un ¡ah! de espanto...

Aquella escena, que había sido rápida, no podía durar con un hombre como von Treischke. El almirante, después de enjugarse el sudor que caía de su frente a los ojos, con un gesto inconsciente y salvaje, exclamó de pronto, con voz ronca:

—¡La muchacha vive!

Y avanzó hacia el mostrador, mientras que Fritz caía de rodillas.

Pero en aquel momento se vieron acometidos los dos bandidos. Gabriel se había lanzado a la garganta de von Treischke, mientras que Jim sujetaba a éste las manos. El *midship* se encargó de Fritz.

Creí en aquel momento que Gabriel, que tenía cogida la garganta del almirante con una mano, desenvainaría su cuchillo con la que tenía libre y cortaría la cabeza del tigre sin más fórmulas... Pero no fué así, y en ello obedecía a Dolores, que subida en una silla, e inclinada sobre el mostrador, le gritaba:

—¡No le degüelles en seguida! ¡Sería poco castigo!

Y cuando vi que Jim amarraba fuertemente al almirante,

me cercioré que iba a asistir a un espectáculo que mis nervios no podrían soportar, y deseé, al igual que el doctor, estar en otra parte; pero la puerta estaba cerrada con llave y nadie se ocupaba de nosotros.

Por otra parte, hay momentos en que el horror os quita toda posibilidad de movimientos y aun la voluntad, y yo estaba en uno de esos momentos.

Si añado que en el fondo no sentía ninguna compasión por von Treischke, se me excusará por no haber mostrado mayor diligencia en huir de una escena que, según se anunciaba, iba a violar las más elementales leyes de la humanidad.

Finalmente, si no protesté contra el suplicio que se preparaba, era porque no había perdido el sentido del ridículo, ya que, en definitiva, era yo quien había entregado a von Treischke, y al hacerlo no fué pensando que Gabriel se limitaría a ofrecerle *cocktails*...

También seré franco, como lo he sido en otras memorias y confesiones y no ocultaré que oí claramente estas palabras, pronunciadas por la boca rabiosa del verdugo de Brujas:

—¡Herbert de Renich, eres un traidor y un cobarde; pero si logro escapar, te acordarás de mí!

Piénsese que tales amenazas, proferidas por tal hombre, no se dirigían a mí solo, sino que afectaban también a mi pobre madre, en poder de los alemanes, y se supondrán las muchas razones que tenía para asegurarme personalmente de que aquel hombre no pudiera realizar nunca sus amenazas...

Confieso, pues, que me quedé y que no protesté contra lo que se preparaba.

Y ahora contaré lo que pasó:

El almirante y Fritz estaban sólidamente atados y amordazados. Gabriel había sacado el cuchillo de la vaina y pude juzgar que no me había equivocado, pues la hoja era ancha, sólida, aguda y tajante como corresponde a un buen cuchillo.

Se arrodilló Gabriel al lado de von Treischke, desdeñando por el momento a Fritz, y volviendo su mirada a Dolores le preguntó amablemente:

—¿Por dónde quieres que empiece, vida mía?

Dolores abandonó entonces el mostrador y dejó oír un chasquido de la lengua y vimos aparecer una masa negra siguiendo a Dolores, masa que se restregaba contra los altos tacones de sus zapatitos; era un enorme moloso.

—He traído al perro del carnicero—dijo Dolores con una voz llena de dulzura y languidez—, *pues le he prometido el corazón de ese hombre*...

Al oír estas palabras, inició el doctor un gesto de protesta; pero Gabriel, con bastante rudeza, le rogó que se volviera contra la pared, si es que no gustaba del espectáculo; *pero que no estorbará a nadie en sus gustos*...

Todos nos lo tuvimos por dicho y se le dejó hacer.

El *midship* parecía hallar la fantasía de Dolores muy ingeniosa. Ya he dicho que era en el fondo un buen muchacho y que todo le divertía, pues no tenía ninguna razón seria de odiar personalmente a los boches.

Gabriel dijo:

—¡A tu gusto, *amada reinita de Galicia!*... ¡Ya que lo desees, te daré el corazón de este hombre para que se lo des a tu perro!

—¡Oh! Ese perro no es mío. Si lo fuera, ten la seguridad de que no le daría a comer corazón de boche...—contestó ella abanicándose.

Gabriel abrió la levita de von Treischke, luego separó la ropa interior que cubría el corazón del Tigre, y ya había comenzado una ligera incisión en la piel (mientras que yo repetía áspera y salvajemente como una letanía para aturdirme: «Dentro de un minuto todo habrá terminado! ¡Dentro de un minuto todo habrá terminado! ¡Dentro de un minuto todo habrá terminado!»), cuando hubo a nuestro alrededor algo así como la llegada de una tromba.

Una cosa parecida a una tempestad fué proyectada por

el tragaluz de la bodega, según creo, aplastándonos unos contra otros, rechazándonos y acabando por lanzarnos de rincón en rincón, ocasionándonos varios chichones.

Dolores se refugió en el mostrador; pero Gabriel no tuvo tiempo de nada, pues fué sorprendido de rodillas, absorto en dibujar en el pecho del monstruo el cuadro que iba a levantar para arrancarle el corazón. Fué, como los demás, arrollado por el ciclón.

Tan sólo Jim permanecía en el mismo sitio, sólidamente plantado sobre sus vigorosas piernas de campeón de la marina inglesa, con sus enormes brazos cruzados sobre su ancho pecho... (Siempre he creído que el tal Jim esperaba aquel ciclón.)

En resumen, en menos tiempo del que he necesitado para describirlo, Gabriel, el doctor, el *midship* y yo fuimos sólidamente atados y tan reducidos a la impotencia como lo estaban von Treischke y Fritz...

Y oí la conocida voz del hombre de los ojos hundidos— que, por mi desgracia, se me apareció en los perfumados jardines de Funchal—, la voz del irlandés, que decía a los diez hombres que acababan de tratarnos con tanta brutalidad:

—Y ahora, en marcha hacia el «Vengador». ¡El capitán estará satisfecho de vosotros!...

No tocaron a Jim, ni a Dolores, que perdía el tiempo lanzándoles mil insultos sin importancia, ni tampoco al atado cuerpo de Gabriel, sobre el que velaba terriblemente *la reinita de Galicia*—disponía para defenderle de su abanico—; pero se llevaron a von Treischke, a Fritz, al *midship*, al doctor y a este humilde servidor.

No creo indispensable el analizar meticulosamente los diversos sentimientos que agitaban nuestros corazones, mientras que los hombres del irlandés—el teniente Smith—nos deslizaban por el tragaluz, como si fuéramos fardos, hasta el sótano, de éste al callejón y de allí a un gran auto cerrado como los coches que sirven para el transporte de presos.

Sin embargo, en lo que a mí respecta, no estará de más el recordar que mi más ardiente deseo, pocas horas antes de este incidente, había sido no volver a ver ¡nunca! ¡nunca!, bajo ningún pretexto y a toda costa, los paisajes submarinos... ¡Estaba hasta la coronilla de tales paisajes! ¡Y he aquí que volvía al *Vengador*, y en qué condiciones! ¡Con von Treischke! ¡Yo, que me había evadido del *Vengador* con el exclusivo objeto de que von Treischke no pusiera jamás los pies en él!

¡Ay de mí! ¿Era yo merecedor de tal infortunio? ¡Pues ahora que el capitán Hyx se había apoderado de von Treischke y de mí, que tanto había trabajado para que no cayera en sus garras, se me erizaban los pelos de espanto al imaginar lo que iba a pasar!